

VI. Las riquezas de la gracia en la unidad de la Iglesia

Lectura: Efesios 4:1-16

Por *Julio César Benítez*

juliobenitez@caractercristiano.org

Los capítulos 1, 2 y 3 de Efesios han presentado la revelación del misterio de Cristo y han abundado en exponer las abundantes riquezas de la Gracia divina que hacen posible la inclusión de los gentiles en el pueblo de Dios, que ahora es llamado el Cuerpo de Cristo o la Iglesia. Pablo no ha escatimado esfuerzos en resaltar todos los beneficios espirituales obtenidos a través de la obra de Jesucristo, quien, según el propósito eterno del Padre, se ha constituido en la cabeza de un nuevo pueblo que ha sido beneficiario de la superabundante gracia de Dios. Los capítulos 4 y 5 son una exhortación apostólica para que los creyentes se esfuercen en vivir y reflejar la unidad que tenemos en Cristo y nos ayudemos los unos a los otros mediante la utilización de los dones que Cristo ha otorgado a la Iglesia. También estos capítulos contienen exhortaciones para que los creyentes, como miembros del cuerpo de Cristo, lleven una vida de acuerdo a los estándares de la santidad divina.

Es importante resaltar que, en el pensamiento del apóstol Pablo, la Iglesia es llamada a una vida de santidad en la cual se expresa el carácter de Cristo, pero esta exhortación a la santificación está basada en una previa exposición de la doctrina bíblica. En todo el conjunto de las Escrituras siempre hallamos el mismo principio: Primero se da la enseñanza doctrinal, luego, esta misma enseñanza conduce a la exhortación práctica. No podemos hacer a la inversa, porque un llamado a la práctica cristiana que no está fundamentada en la clara exposición doctrinal, será simplemente moralismo. Pero el moralismo es humano, carnal y contrario a la gracia de Dios, pues, este pretende añadir a la gracia las obras humanas. La verdadera práctica cristiana está arraigada en la verdadera doctrina bíblica. Por otro lado también quiero resaltar que la verdadera enseñanza doctrinal debe conducir, necesariamente, a una práctica cristiana. La enseñanza bíblica que no conlleva a esta práctica es incompleta y acabará en arrogancia intelectual.

Este precioso capítulo resalta la verdadera unidad que debe caracterizar a la Asamblea de los redimidos. Definitivamente el Espíritu Santo guió al apóstol Pablo, no solo en lo que escribió, sino en el sitio donde puso cada tema. Hemos insistido en mostrar que los primeros tres capítulos contienen, esencialmente, enseñanzas doctrinales para la Iglesia. Ahora, este capítulo y los que siguen, expresan verdades prácticas desprendidas de la doctrina apostólica. Y debe ser así. No habrá verdadera unidad si esta no se aferra firmemente al fundamento doctrinal. Se que para muchos esto sonará extraño y algo impropio para la búsqueda de unidad que se persigue hoy por los movimientos interdenominacionales y ecuménicos. Pero no todo lo que es popular en este siglo, corresponde a la verdad revelada de Dios, ni ha sido creído por la Iglesia en los siglos anteriores. “Es necesario primeramente estar de acuerdo respecto a lo que se considera la verdad, y luego, sobre esa base es posible tener comunión el uno con el otro”¹. La unidad de la Iglesia que no está fundamentada en la verdad revelada en las Escrituras, es una unidad aparente, humana, secular y dañina para la pureza de la fe. No se trata de expresar “manifestaciones de amor” que atenten contra la única verdad que puede hacer al hombre realmente libre. Esa clase de unidad obstruye el camino para que el hombre encuentre la realización plena del ideal humano, que es, vivir para la Gloria de Dios. Porque solamente encontraremos reconciliación con el Santo Creador a través del conocimiento Salvador de Jesús, quien, por el Espíritu Santo, nos es revelado de una manera plena en las Santas Escrituras. La unidad que pone por encima el “amor” y deja en un segundo plano la doctrina bíblica, muy pronto se alejará de la verdadera fe en Cristo como único medio de salvación.

Las verdaderas Iglesias expresarán la unidad que procede de Dios, siempre que estén firmemente ancladas en la revelación escrita. Este es el fundamento apostólico y profético de la Iglesia.

¹ Lloy-Jones, Martyn. Unidad Cristiana ¿Cuál es su base verdadera? Ed. Hebrón. Argentina. 1973. Página 18.

Yo pues², preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados³. V. 1. Las instrucciones que siguen en este capítulo parten directamente del corazón del Señor, quien ha inspirado por su Espíritu Santo al apóstol Pablo. En la Segunda carta de Pedro se da reconocimiento a los escritos de Pablo como procedentes de la Sabiduría celestial y se les da un lugar de igualdad con el resto de las Sagradas Escrituras (2 Pedro 3:15-16). No obstante, Pablo, antes de dar estas instrucciones lleva a sus lectores a reflexionar en el instrumento humano que Dios está utilizando para exhortarles. Estos mandatos no son dados por un ministro que lleva una vida religiosa al estilo de los fariseos, no es alguien que va a imponer cargas que él mismo no puede llevar, antes, por el contrario, estos mandatos son dados a través de alguien que ha sacrificado su libertad y sus comodidades por vivir de acuerdo a los principios que va a presentar. Pablo era preso en el Señor en dos sentidos: Primero, su corazón regenerado había sido comprado por el Maestro, ahora no anhelaba otra cosa sino servir con todo lo que Dios le ha dado a Su Cristo, no tenía otra alternativa, él voluntariamente servía como esclavo a Jesús desde el momento en el que fue llamado camino a Damasco. Segundo, cuando Pablo escribió esta carta se encontraba en una cárcel romana como consecuencia de la predicación de las inescrutables riquezas de la gracia de Dios para con los gentiles y judíos. Todos los

² “La pauta para la exposición del capítulo 4 la tenemos en la palabra “pues” en el versículo 1. “Pues” se refiere a los tres primeros capítulos de esta gran epístola, y pone énfasis en el hecho de que el tema de la unidad es consecuencia de lo que ya ha acontecido. Esto es típico de la manera en que el Nuevo Testamento trata asuntos de conducta y práctica. La enseñanza principal es que la conducta es siempre el resultado de la verdad y de la enseñanza. La práctica y el comportamiento son el resultado de la doctrina que ya ha sido establecida.... La exhortación que sigue es hecha a la luz de todo lo que había dicho en los primeros tres capítulos.” Lloyd-Jones. Unidad Cristiana. Ed. Hebrón. Página 20.

³ La unidad de la Iglesia solo puede darse entre aquellas personas que han sido llamadas por Dios para salvación, es decir, solamente los elegidos, regenerados, adoptados y santificados podrán guardar la unidad del cuerpo de Cristo. Nadie más. No podemos incluir en esta unidad a personas no regeneradas. En el capítulo 2 versículo 18, Pablo afirma que solamente podemos tener unidad los que hemos sido limpiados por la sangre de Jesús y a través del Espíritu Santo hemos entrado al Padre. La unidad religiosa que buscan los movimientos ecuménicos son absurdos, puesto que los cristianos solamente podemos tener verdadera unidad con aquellos que han sido reconciliados por la sangre del Cordero que derribó la pared de separación entre razas y naciones. Aquellos que no han sido lavados por esta sangre no tienen derecho ni parte en el pueblo de los salvos.

mandatos e instrucciones que siguen en este capítulo, y en los siguientes, son el resultado de andar conforme a la vocación con que fuimos llamados por Dios. El llamamiento de los creyentes fue realizado directamente por Dios, quien nos adoptó como sus hijos. Ahora siendo adoptados por el Padre Celestial nuestra vocación es elevada y gloriosa. Nuestro andar diario debe ser conforme a lo que somos: Hijos del amor de Dios. Un comportamiento no digno de este llamamiento sería una vergüenza para nuestro Padre y una deshonra para nuestra vocación.

Con toda humildad y mansedumbre, soportandoos con paciencia los unos a los otros en amor. V. 2. Las virtudes que forman parte de la vida del creyente, las cuales conducirán a mantener la unidad y crecimiento en el Cuerpo de Cristo, son mencionadas a partir de este versículo. La primera virtud mencionada es la humildad. Y de hecho, es la virtud que debe resultar automáticamente de las revelaciones mencionadas en esta carta. Un verdadero miembro de la Iglesia de Cristo debe reconocer su incapacidad para estar o permanecer entre el pueblo de Dios debido a su inclinación natural hacia el pecado. Si estamos en este cuerpo precioso, que es un reino de sacerdotes, es solo por la soberana gracia de Dios que nos escogió de entre lo vil y nos habilitó, por la regeneración, para que pudiéramos atender y responder positivamente al llamado del evangelio. Si todo lo que somos en este glorioso cuerpo es obra de la gracia divina entonces no hay motivo alguno para la jactancia o el orgullo. El resultado obvio debe ser la humildad. Jesucristo ya nos había instruido al respecto cuando tomó una vasija de agua y lavó los pies de sus discípulos, tomando el papel del siervo, que utilizaban los ricos de esa época. El apóstol Pedro no podía aceptar que el Maestro le lavara los pies, pues lo usual es que los predicadores o rabinos sean servidos por sus discípulos y no a la inversa, pero Jesús respondió: “*¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis maestro, y Señor; y decís bien porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis.*” Juan 13:12-15. El ejemplo de humildad debe empezar por los líderes y ministros, pues, en la Iglesia, los sistemas de gobierno y liderazgo son diferentes al usado por el

mundo. En las empresas los directivos solamente ordenan funciones a sus subalternos, pero en la Iglesia no hay patrones sino servidores. Los ministros sirven en los asuntos espirituales a los miembros del cuerpo. Lastimosamente las inclinaciones pecaminosas de nuestros corazones nos llevan a abandonar la humildad debido al llamamiento que nos hace Cristo, esto es demostrado por la actitud de los apóstoles quienes tuvieron una fuerte disputa porque algunos deseaban ocupar los mejores peldaños en el Reino de los Cielos, pero la respuesta de Cristo es idéntica a las instrucciones que nos da Pablo en Efesios: *“Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores; mas no así vosotros, sino sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve. Porque ¿Cuál es el mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve?.* Lucas 22:25-27. De la misma manera **la Mansedumbre** es una virtud, muy unida a la humildad, sin la cual es difícil mantener la unidad del cuerpo. Hendriksen dice que *“El individuo manso es lento para insistir en sus derechos. Se da cuenta que ante la vista de Dios no tiene derechos por naturaleza. Todos sus derechos fueron recibidos por gracia. Y aunque frente a los hombres debe exigir sus derechos (Hechos 16:35-40) no por eso se apresura a entrar en riña por causa de ellos. Prefiere sufrir más bien el agravio antes que infligirlo (1 Cor. 6:7)”*.⁴ Las instrucciones que está dando Pablo van dirigidas a la Iglesia de Cristo, y su propósito es que todos los miembros del cuerpo se esfuercen por expresar el carácter de Cristo (el fruto del Espíritu), con el fin de mantener la unidad que Dios desea para ella. La humildad y la mansedumbre son las primeras virtudes que se requieren para este propósito de unidad. El orgullo, la arrogancia y un espíritu alterado, incapaz de ser manso, dañan con seguridad la paz y el espíritu unido que se requieren en la Iglesia. Hablando en términos de la Iglesia local, la cual es expresión de la Iglesia Universal, cuantos escándalos se han producido por la falta de humildad y mansedumbre entre sus líderes y miembros. Es por ello que Pablo presenta estas dos virtudes como las primeras. Encontramos el mejor ejemplo de mansedumbre en nuestro Salvador y Maestro: *“Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.”*

⁴ William Hendriksen. Comentario a Efesios. Editorial Desafío. Página 199-200.

Mateo 11:29. “Decid a la hija de Sión; he aquí tu rey viene a ti, Manso y sentado sobre una asna”. Mateo 21:5. La mansedumbre llevará a los líderes y miembros de la iglesia a corregir los pecados con el amor necesario en esos casos y evitará que juzguemos desmedidamente, pues, nos consideraremos a nosotros mismos. Gálatas 6:1. Una señal inequívoca de que hemos sido escogidos por Dios para esta preciosa salvación es el estar vestidos de humildad y mansedumbre. Colosenses 3:12. Pablo también exhorta a los pastores para que busquen con todas sus fuerzas la mansedumbre. 1 Timoteo 6:11. La mansedumbre es tan necesaria en la Iglesia que los ministros deben corregir a los que se oponen vestidos de ella. 2 Timoteo 2:25. Los creyentes son exhortados para que actúen con mansedumbre no solo con los demás miembros del cuerpo sino con todos los hombres, pues, esto mostrará a las naciones que somos un pueblo especial de sacerdotes que viven de acuerdo a la voluntad divina. Tito 3:2. Incluso, cuando debamos hacer apologética de nuestra fe, la mansedumbre nos debe acompañar. 1 Pedro 3:15. La tercera virtud mencionada por Pablo en esta exhortación, con el fin de mantener la unidad en el cuerpo, es la **Paciencia**. La palabra griega utilizada por Pablo para paciencia es *Makrothumia* que conlleva la idea de aguante o resistencia. Una persona humilde es aquella que puede resistir con firmeza las situaciones adversas y no se deja vencer por ellas. Esta virtud debe formar parte esencial del carácter del creyente porque la vida está llena de situaciones conflictivas en las cuales se hace necesario soportar con paciencia. Siendo la Iglesia un cuerpo o asamblea de gentes renovadas por el poder de Dios, entonces ella debe expresar la realización de una sociedad en paz y armonía, para ello todos deben armarse de la paciencia que viene como gracia divina, porque aún estamos en un mundo hostil, incluso los creyentes aún conservamos los residuos de nuestra naturaleza pecaminosa, la cual nos lleva a actuar, algunas veces, en forma ofensiva y dañina. No obstante, como Iglesia del Dios vivo, tenemos la responsabilidad de soportarnos los unos a los otros con amor. La virtud de la paciencia, así como las otras, está relacionada con los atributos divinos. Dios ha sido muy paciente para con nosotros. Ha soportado nuestros constantes pecados y no ha enviado la ira que merecemos. Si Dios ha obrado con tanta paciencia para tolerar nuestras debilidades, también nosotros debemos alimentar la virtud de la paciencia con el fin de

tolerar, soportar y aguantar las debilidades de los demás. La paciencia también está relacionada con el esperar sin desesperanzarse en las promesas divinas. La Iglesia ha recibido preciosas y grandísimas promesas, pero al presente pareciera que todas no se han cumplido. No obstante, es nuestro deber esperar pacientemente. En la Biblia encontramos numerosos ejemplos de santos esperando con paciencia en las promesas del Señor: Abraham esperó pacientemente la promesa del Señor (Hebreos 6:15; Ro. 4:20); Moisés se caracterizó por una paciente resistencia (Heb. 11:25-27); los profetas del Antiguo Testamento también ejercieron la paciencia para soportar la aflicción (Santiago 5:10); el apóstol Pablo también fue ejemplo de paciencia frente a la persecución y el dolor (Hechos 21:13).

La cuarta virtud mencionada por Pablo, con el fin de mantener la unidad y de expresar con dignidad la vocación de nuestro llamamiento, es **el amor**. En la Biblia hallamos tres palabras griegas para expresar lo que en español denominamos con la palabra amor: *eros*, que indica el amor hacia uno mismo, este es un amor interesado en lo que otros nos puedan dar para nuestro placer; *philos* es el amor recíproco, aquel que crece en la misma medida en que se recibe amor; pero el amor necesario para soportarnos con paciencia es el *agape*. El amor agape es incondicional, no espera recibir nada a cambio, ni es motivado por el amor que otros le puedan dar. Este es el amor que ha expresado Dios hacia nosotros, y es el que debemos cultivar en nuestras relaciones fraternas como cuerpo de Cristo (Rom. 5:6-8). Un amor así es capaz de cubrir todas las faltas y ayuda a conservar la unidad (Prov. 10:12).

*Solicitos en guardar la unidad del Espíritu en el vínculo de la paz*⁵. V. 3. La unidad de la Iglesia es un asunto que ha empezado en Dios. Cuando Pablo dice que debemos guardar la unidad, es porque está dando por sentado que ella ya existe, ha sido dada por Dios. Los movimientos ecuménicos e interdenominacionales pretenden encontrar la unidad de la Iglesia, pero esto es absurdo. La unidad ya está dada por el Señor, nuestro deber es esforzarnos en guardarla. Pero esta unidad no consiste en la unión externa de las diferentes iglesias locales conformando una gigantesca denominación, como algunos lo han

⁵ "... en el vínculo de la paz"; esto es, en el vínculo *que es* la paz. Bullinger. Clie. Pág. 812.

entendido, o, solamente, en la integración a través de diversas actividades externas intereclesiásticas, esta clase de unidad no es la que presenta Pablo. La unidad es del Espíritu, es decir, los creyentes somos hechos partícipes de un solo cuerpo, pero esto solo es obra del Espíritu Santo. En nuestras iglesias locales somos llamados a esforzarnos con toda solicitud en mantener la paz que debe caracterizar a los redimidos por el Cordero y en los cuales mora abundantemente el Espíritu de Dios.

Un cuerpo, y un Espíritu, como fuisteis también llamados en una misma esperanza de vuestra vocación; un señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos. V. 4-6. Para confirmar lo que Pablo viene instruyendo a la Iglesia, es decir, que debemos esforzarnos en mantener la unidad de la Iglesia, acude a hechos espirituales evidentes que sientan las bases firmes de la unidad que ya ha efectuado Dios. Esta unidad no es, ni debe ser, el resultado de las ideas humanas, sino que, como toda práctica cristiana, debe estar fundamentada en la correcta doctrina bíblica. La unidad cristiana debe conservarse porque solo hay *un cuerpo*. Jesús compró con su sangre a un solo cuerpo, a la iglesia. (Efesios 5:23-32). Algunas iglesias se han unido con otras, de distinto credo, para formar una denominación porque creen que así se expresa la unidad, pero lo cierto es lo contrario, estas uniones lo que reflejan es el poco esfuerzo que estamos haciendo en la verdadera unidad. La unidad, según las Sagradas Escrituras, consiste en que todos los creyentes, de todos los tiempos, hemos sido unidos misteriosamente por el Espíritu Santo en un solo cuerpo. Aunque los creyentes de distintas naciones o regiones seamos diferentes en algunas cosas, de todas maneras seguimos siendo parte del único cuerpo de Cristo. Aunque los creyentes de algunas iglesias tengamos diferentes formas de expresar nuestro culto a Dios, de todas maneras seguimos formando del único cuerpo de Cristo. Hay diferencias entre una y otra iglesia local, mas bien resultado de nuestras imperfecciones y no del propósito de Cristo, pero si hay verdadera fe y conversión, seguimos formando parte del único cuerpo. El movimiento ecuménico que pretende juntar a las Iglesias en una gran estructura religiosa no expresa la verdadera unidad del cuerpo de Cristo.

Otra razón por la que debe guardarse la unidad de la Iglesia es que solo hay un *Espíritu*. ¿Esto que significa? La Iglesia de Cristo, que es un solo cuerpo, ha sido unida por el único y mismo Espíritu Santo. El mismo Espíritu es el que ha llamado eficazmente a los pecadores para que vengan a Cristo. El mismo Espíritu es el que nos ha convencido de juicio, de justicia y de pecado. El mismo Espíritu es el que ha producido el nuevo nacimiento o la regeneración en nuestros corazones. El mismo Espíritu es el que nos ha bautizado al cuerpo de Cristo y nos ha unido con el resto de los santos. El mismo Espíritu es el que ha dado dones a cada Iglesia local para que puedan ser edificadas. Solo él fue quien inspiró a los apóstoles y profetas para que establecieran el fundamento sobre el cual la Iglesia de Cristo se edifica día a día. ¿Hay varios Espiritu Santo? ¿Para cada Iglesia local hay un espíritu diferente que ha efectuado las obras de la gracia mencionadas anteriormente? No. Entonces, si hay solo un Espíritu que ha operado la gracia en los creyentes, no queda otra conclusión que la Iglesia es una sola, y que todos los santos formamos parte de un único cuerpo, de una sola comunidad.